

"... EN LA TIERRA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD"
(Lc 2,14 y en el *Gloria* de la Misa)

Las palabras finales del himno de los ángeles han sido una verdadera *crux interpretum*, "tortura de los traductores". Y siguen siéndolo. Tras la Misa del Gallo de este año, algunos -un par de personas- me han manifestado su extrañeza. En la lectura del "evangelio" habían escuchado "Gloria a Dios en el Cielo y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad"; en el *Gloria* de la Misa: "...paz a los hombres que ama el Señor". ¿Por qué esta doble versión? ¿Cuál de las dos traducciones es correcta, o lo son ambas, o ninguna de las dos?

1. "...A LOS HOMBRES QUE AMA EL SEÑOR"

En las normas orientadoras de la primera traducción oficial de los textos litúrgicos al español, promulgada por la Conferencia Española, se prefiere la traducción "libre" a la "literal". Pero la literal es uno de los primeros pasos de la traducción. En cambio, la traducción, si es libre, no es un paso, sino un traspies. La verdadera traducción no debe ser literal ni libre, sino "fiel" a la lengua (morfología, sintaxis, estilística) del texto traducido (la griega y la latina en este caso), así como a la idiosincrasia de la lengua a la cual se traduce (la española).

Pero la traducción: "a los hombres que ama el Señor" no es fiel ni a la una ni a la otra. No es fiel al español porque, a diferencia del francés: *les hommes qu' il aime* (*Misal romain...*, Paris, 1969 -1974-), tratándose de seres animados, el acusativo o complemento directo - como regla general- va precedido de la preposición "a". Por eso, "los hombres a quienes Dios ama" sería menos incorrecto. Así se lee en el *Misal romano...*, aprobado por la Conferencia Episcopal de Colombia (Bogotá 1982).

"Aprovechando el craso error de los traductores, los creyentes sencillamente han dado la vuelta a la frase y dicen: "que aman al Señor", con lo cual nos dan tácitamente su opinión intuitiva sobre el problema gramatical" (Manuel Fernández Galiano, *Las lenguas clásicas en la liturgia* en AA. VV., *Las lenguas clásicas en la cultura, la enseñanza*

y la liturgia, Madrid 1973, 60-62). Todavía hoy, en algunos pueblos de la provincia de Burgos, la gente sencilla, heredera de los forjadores del castellano, siguen manifestando la "opinión intuitiva", de la que habla el eminente filólogo clásico Fernández Galiano.

Tampoco es fiel al original latino, como se verá, pues nada en él respalda semejante "interpretación", que es lo que es, de ningún modo "traducción". Se hace realidad el adagio italiano "*traduttore traditore*", "traductor traidor".

Esta interpretación fue introducida tras la reforma litúrgica del Vaticano II. Pensaba que su existencia iba a ser efímera, ya que suponía que desaparecería en la nueva edición del Misal. Así se lo dije a las dos personas que me manifestaron su perplejidad ante la doble traducción del mismo texto. Pero, por desgracia, no es así. Sigue figurando en el *gloria* de la Misa en la nueva edición del Misal, que empezará a usarse dentro de pocas semanas.

2. "...A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD"

2.1. El talante intelectual de los griegos y el voluntarista de los romanos

Los romanos son discípulos de los griegos en poesía, oratoria, filosofía y arte, que expresan la idiosincrasia y el legado específico de los griegos, pero superiores a ellos en el poder y en el gobierno. El voluntarismo, tanto teórico (hacedores del Derecho consuetudinario y legislado) como práctico (el Imperio romano, el trenzado de la red viaria de sus calzadas), refleja el talante romano. Cicerón (*Tusculanae disputationes*) lo admite, aunque sin disimular cierto disgusto y resistencia respecto a la superioridad griega.

La antítesis de este doble talante late en el original griego: *eudokía* y su traducción latina: *bona uoluntas*. Este sintagma significa lo que el hombre es y tiene al margen de sus circunstancias existenciales. Según los estoicos, con el hispano Séneca (segunda mitad del siglo I d. C.) como representante, *bona uoluntas* es lo que todo ser humano tiene o puede ofrecer al margen de que sea sano o enfermo y enfermizo, culto o analfabeto, rico o pobre, esclavo o libre.

2.2. La "bona uoluntas", aplicada a los hombres, no a Dios.

Según san Jerónimo (*In Eph 1,5*), el griego *eudokía* "puede traducirse por *beneplacitum*". Pero él lo traduce así cuando se refiere al "beneplácito, benevolencia, bondad" de Dios (Vulgata: Ef 1,5; 1,9; o el verbo correspondiente: en activa *placuit* Lc 10,21 o en pasiva *fuit placitum* Mt 11,26); en cambio, por *bona uoluntas* si se refiere a los hombres (Flp 1,15; 2,13; Rom 10,1; 1Tes 1,11). En la palabra griega predomina la dimensión intelectual ("buena-intención/parecer"), en latín la volitiva ("buena voluntad"). De ahí que en Lc 2,14 figure *bonae uoluntatis* y que su traducción correcta sea "(hombres) de buena voluntad" o su equivalente "que aman al Señor"; de ningún modo aplicado a Dios: "(hombres) que ama el Señor", interpretación de la versión del Misal español en sus ediciones tras el Vaticano hasta la de 2016, lamentablemente conservada aunque solo en su "Gloria" de la Misa.

2.3. ¿Por qué conservar "de buena voluntad", aunque no es totalmente fiel al original?

En contra de la tradición greco-oriental, la latina es unánime en traducir un hipotético genitivo griego: *eudokías* en vez del nominativo: *eudokía*, presente prácticamente en todos los documentos conservados del texto inspirado en griego (Lc 2,14) de los primeros siglos de la Iglesia. El genitivo *bonae uoluntatis* supone un corazón abierto a Dios y al prójimo al margen de su situación socio-económica, cultural, del sexo, etc.

Toda traducción es una mediación con no pocas limitaciones, no siempre un espejo bien azogado y limpio. Tiene razón *Don Quijote* (IIª parte, cap. 62): "El traducir de una lengua a otra (...) es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que, aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz". Más de un "hilo" veremos aquí un tanto suelto; alguno de color disonante en parte y permanente a lo largo de los siglos en su versión latina.

2.3.1. Porque el genitivo "bonae uoluntatis" figura en todos los textos conocidos de la tradición latina

He analizado 125 textos, en los que se cita palabras de Lc 2,14. En 58 no figuran las palabras estudiadas ahora. En los 67 restantes (todos a partir del siglo IV) de autores tanto ortodoxos como heréticos se lee siempre *bonae uoluntatis*: Juvenco, san Ambrosio, Optato de Milevi, Prisciliano, versión *Gothica* de la Biblia (siglo IV), san Agustín, san León Magno, Máximo de Tiro, san Jerónimo, san Pedro Crisólogo, Máximo el Arriano, Fausto, Aponio, Pelagio (siglos IV-V), Quouultdeus, Claudio Mamerto, Nicetas Aquileyense, el papa Pelagio (siglo V), san Gregorio Magno, Fulgencio de Ruspe (siglos V-VI), san Cesareo de Arlés (siglo VI), concilio de Toledo (año 633), el papa Martín I (siglo VII), san Beda (siglo VII-VIII), etc.

La versión del Misal a las lenguas vernáculas tras la reforma litúrgica del Vaticano II se mantiene fiel a esta tradición latina en italiano: *di buona volontà* (*Messale romano*, Città el Vaticano 1983), polaco: *luziom* (hombres) *dobrej woli* (*Mszal Rzymiski*, Paris 1984), etc. En cambio, francés: *qu' il aime* (*Le Missel*, Desclée 1969 -1974-), portugués: *Hommes por Ele amados* (Gráfica, Coimbra 1982 y 1985), alemán: *Menchen* (hombres) *seiner Gnade* (de su gracia), etc. La traducción española: "hombre, que ama el Señor" y las restantes similares, a mi juicio, dependen de la francesa. Más aún, se intuye que el traductor español tiene la versión francesa a la vista y que a veces la respeta en su literalidad mal comprendida, por ejemplo cuando traduce las palabras de la Virgen María en el *Magnificat*: "porque el Poderoso ha hecho obras grandes (*moi* en griego), *pour moi* (francés) por mí" sin caer en la cuenta de que la preposición francesa *pour* significa no "por", sino "para, a favor", reflejando la condición "dativo de (daño y) provecho" del término original griego. Ya ha sido corregido este fallo: "obras grandes en mí", también en la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. El "por mí, por medio de mí e intercesión mía" es una derivación del "en mí" por haber sido dado "a/para mí". El lleno de algo puede irradiarlo hacia los demás en la medida de su llenuembre.

2,3,2. Porque "de buena voluntad" es su única traducción al español hasta la reforma litúrgica del Vaticano II

La traducción "que ama el Señor" del *Misal romano...*, aprobado por la Conferencia Episcopal Española (coeditores litúrgicos, 1978,

usado también en Ecuador, Venezuela) arrasa de un plumazo la tradición española desde la aparición misma el castellano, tan enraizada en la literatura como en el sentir popular desde los nacimientos y belenes navideños hasta el refranero. Más aún, antes del nacimiento del castellano, en la liturgia hispana, llamada también mozarábiga y visigótica, al saludo del sacerdote celebrante el pueblo contesta con las palabras de Lc 2,14: *Et cum hominibus bonae uoluntatis* (cf. *Liber Missarum* de Toledo y libros místicos, I-II, edición Janini, Toledo 1982-1983).

Tiene razón la lingüística estructural al resaltar la importancia del contexto. Como en las partidas de ajedrez importa el valor de cada pieza, pero tanto o más su situación. La lingüística moderna muestra que el sentido no se deriva solo de los lexemas (palabras, texto), sino de un plano más profundo, complejo e interrelacional, el de la matriz sintagmática con todo su entorno o contexto. De ahí una de las deficiencias del *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* (TWNT) de Kittel, obra tan meritoria por otros conceptos.

Es también la deficiencia clave de G. Schrenk en su artículo *eudokía* (TWNT, II, Stuttgart 1935, 740-748). Además, introduce la traducción de Lc 2,14 en el juego de las interpretaciones ideológico-teológicas de este y de otros pasajes. Según Schrenk la traducción: "que ama el Señor" concuerda más con la doctrina luterana, protestante, de la fe sin obras mientras que la tradicional: "de buena voluntad" sería *werkegesetzlich*, o sea, adolecería de impostar el texto en la dinámica de la justificación "legalista por solas las obras", "por la buena voluntad" de los hombres (doctrina católica según él). Apriorismos ideológicos al margen, el texto lucano no pretende responder a una cuestión planteada de manera acerada milenio y medio más tarde. En realidad cualquiera de las dos interpretaciones presupone la verdad de la otra sin que quede prejuzgada esta cuestión. La "buena voluntad" del hombre -que nada puede hacer en el orden sobrenatural sin la "benevolencia" de Dios, sin su ayuda- suele ser condición requerida para que Jesucristo actúe como *Eudokía*, "Bondad, Benevolencia" encarnada en y entre los hombres. Dios, que "es Amor" (1Jn 4, 8, 16) no puede no amar como el Sol no puede no irradiar luz y calor. Pero si

alguien se obstina en cerrar herméticamente la contraventana, la luz solar no entrará en su morada. El hombre "de mala voluntad" se encierra en sí mismo, cerrando al amor de Dios y del prójimo la puerta de su corazón, que carece de pomo y solo se abre desde dentro. Es asimismo la cuestión de "de la sangre derramada (...) por todos los hombres", traducción de las palabras de la consagración en la versión del *Misal* español (de 1978), traducción no fiel al original *hypèr pollôn*, "por muchos", que se dirá dentro de pocas semanas.

2.3.3. Riesgos en la traducción de Lc 2,14 del griego al latín y al revés

Orígenes (siglos II-III) y su gran autoridad es, al parecer, el responsable tanto de la estructura trimembre del texto como de la confirmación de la constante cristológica en cuanto al significado teológico de *eudokía*, palabra referida al Señor, a Jesucristo, no expresiva de una cualidad ("buena voluntad") de los hombres. He aquí su pensamiento, entreverado de palabras textuales traducidas (las que están entre comillas). Jesucristo, en cuanto Dios, estaba desde siempre "en el seno del Padre". A partir de su ser "niño" es recibido también "sobre la tierra", en su seno. Por eso los ángeles, en la noche de su nacimiento en Belén, dicen y lo llaman: "y sobre la tierra Paz y entre los hombres *Eudokía*", enunciado en paralelismo perfectamente simétrico al mismo tiempo que en paralelismo antitético quiasmático (o sea, en forma de cruz o equis: X) respecto de "Gloria en las alturas a Dios". Eutimio Zigabeno (siglos IV-V), tras comentar este texto origeniano casi con sus mismas palabras, añade: "Entre los hombres está ahora el que antes era la *Eudokía* del Padre. Ella (*Eudokía*) es el Hijo desde que se inhumanó (se hizo hombre) para salvar al hombre perdido" (*In Lc 2,13-14* PG 49, 252).

No debe extrañar que *bonae uoluntatis* figure en la traducción de las obras de Orígenes, hecha a veces por san Jerónimo, y esto aunque en el original se lea el nominativo *eudokía*. Lo mismo ocurre en la traducción de otros escritos patrísticos. Es una exigencia del influjo de la traducción latina, que es constante en el uso del genitivo *eudokías*. La traducción fiel al nominativo: *eudokía* del original habría provocado comentarios displicentes y hasta escándalo pastoral. El mismo

fenómeno acaeció al revés. En el texto griego de la alocución del papa Martín I al concilio Lateranense (año 649) se lee *eudokía* (nominativo) mientras que en el latino se lee *bonae uoluntatis*, que supone el genitivo *eudokías*. Además, no traduce "en" por *in* ante *hominibus* (omite la preposición existente en griego), ni *epí* por *super* ("sobre"), sino por *in* (cf.ACO II,1, p. 10 texto griego, p. 11 latino). A su vez, en la carta del obispo Teodoreto al papa Hormisdas (año 519) se usa la estructura trimembre: *Gloria in excelsis Deo et in terra pax et in hominibus bonae uoluntatis*, exige el nominativo *uoluntas*, no su genitivo. Aquí el paralelismo es simétrico. Es sabido está presente en todas las literaturas; en las emitas (entre ellas el hebreo y el arameo), además, es esencial e imprescindible. En estas el paralelismo simétrico o antitético marca su ritmo poético, aunque no sea su único determinante.

2.3.4. ¿Por qué Lc 2,14 apenas figura en los autores latinos de los primeros siglos cristianos?

Sorprende que el texto de Lc 2,14 no sea citado ni una sola vez en los primeros escritores cristianos en latín, por ejemplo: Tertuliano, Minucio Félix (siglos II-III), san Cipriano, Novaciano (siglo III), etc. No obstante, cuando figura en los códices de la *Vetus latina*, se lee siempre *Bonae uoluntatis* (menos una vez: *consolationis*, "consolación, .que consuelen"). La *Vetus latina* es la traducción más antigua de la Biblia al latín. Fue hecha en torno a mediados del siglo II e incluso con anterioridad. Además, figura también en la traducción latina de los escritores cristianos en griego, hecha en estos mismos siglos (Ireneo, Orígenes, etc.). Y figura con la estructura bimembre y en la versión *bonae uoluntatis*. San Ireneo usa dos veces Lc 2,14 (*Adu.haer* 3.1,1; 3,10,4), pero se ha perdido el original griego. En su traducción latina (siglos III-IV) se lee *bonae uoluntatis*, pero en el comentario de 3,10,4 traduce el nominativo *eudokía* por *benignitas salutis*, "Benignidad (Benevolencia) salvadora".

La explicación de este silencio parece radicar en que la doxología mayor, el himno *Gloria in excelsis* se incorporó a la Misa en el siglo IV, aparte de que probablemente no fue compuesto con anterioridad.

Hasta la segunda mitad del siglo IV el texto de la Misa se decía en griego, no en latín incluso en Roma.

3. "GLORIA EN EL CIELO A DIOS, EN LA TIERRA PAZ (Y) PARA/ENTRE LOS HOMBRES BONDAD", NOMBRES DEL NIÑO-DIOS

Un ángel anuncia a los pastores: "Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor" y les da "la señal" para reconocerlo: "un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2, 10-12). "De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa diciendo: `Gloria en las alturas a Dios, en la tierra Paz, para/entre los hombres Bondad" (Lc 2, 13-14). He aquí otra traducción, la literal a la vez que fiel al texto original

3.1. "*Eudokía-Benevolencia/Bondad*", presente en la tradición greco-oriental

La traducción de cualquier texto depende, en primer lugar, evidentemente del texto mismo en su lengua original. La fijación del texto y consiguientemente su traducción se bifurca según se acepte el nominativo (*eudokía*) o el genitivo (*eudokías*).

El nominativo figura en los textos más antiguos de todos los conocidos: en el *Diatessaron* del apologista Taciano, en san Ireneo, los gnósticos valentinianos (siglo II), Clemente de Alejandría, Orígenes (siglos II-III), san Gregorio Taumaturgo (siglo III), Eusebio de Cesarea (siglos III-IV), san Epifanio, san Gregorio de Nisa, san Juan Crisóstomo, las *Constituciones apostólicas* (siglo IV), Ps-Crisóstomo, Ps-Atanasio, san Cirilo de Alejandría (siglos IV-V), himno de Laudes *Acoluthia triplicis festi* (de san Basilio, san Gregorio Nacianceno y san Juan Crisóstomo), Proclo, Teodoreto de Ancira, Pablo de Emesa (siglo V), Leoncio de Bizancio (siglos V-VI), Cosme Índicopleustes (siglo VI), etc. En total, 52 textos, de los cuales 45 tienen completo el texto de Lc 2,14.

En las traducciones del griego a lenguas orientales (armena, siríaca, copta/egipcia, caldea, etiópica, georgiana, árabe, etc.,) figura siempre el nominativo. En los manuscritos del Nuevo Testamento aparece en numerosos códices, si bien pertenecen a la segunda época uncial (siglo VI y siguientes). Los códices más antiguos, a saber, el

Vaticanus y el *Sinaiticus* (ambos mediados del siglo IV) tienen el genitivo *eudokías*, pero la sigma final, expresiva del genitivo, ha sido raída para convertirlo en nominativo. ¿Fue borrada por el amanuense, que habría corregido así una errata personal, propia, o en época posterior?

Como aclamación era usado inmediatamente antes de la comunión en la Misa según las *Constituciones apostólicas* (8.13.13). El celebrante decía: "lo Santo para los santos", o sea, Cristo sacramentado para los cristianos en gracia. Los fieles contestaban: "Gloria... Paz en la Tierra. *Eudokía* entre los hombres". En su lugar, en el rito romano, se dice: "Este es el Cordero de Dios que...". A continuación, entonces (hacia el año 380) como ahora, el celebrante decía a cada comulgante: "El Cuerpo de Cristo", "la Sangre de Cristo".

3.2. Algunas razones sintácticas y estilísticas

Aparte de las aportadas en el epígrafe anterior, otras razones sintácticas y estilísticas respaldan la lectura del nominativo: *eudokía* en vez del genitivo *eudokías*. Tal vez los dotados de una *forma mentis* no específicamente filológica no perciban la repercusión e importancia de estas razones. Pero nadie negará la necesidad de admitir los resultados del análisis filológico de los textos en todas sus vertientes. Solo a través de las palabras y frases analizadas así, es posible llegar a las ideas reales de un texto, a su contenido doctrinal. Ahora me limito a exponer de modo muy resumido lo que puede verse más ampliamente en las publicaciones citadas en la bibliografía final.

3.2.1. La preposición "en (= "entre en medio de") antes de "hombres"

Figura así en los códices y manuscritos principales: *Vaticanus* (siglo IV), *Alexandrinus* (siglo V), *Bezae cantabrigensis* (siglos V-VI), etc., así como en toda la tradición patrística griega. No se lee en algunos manuscritos de menor importancia y de época tardía. La preposición griega "en" con dativo plural significa "entre, en medio de", ya desde Homero precisamente con el substantivo "hombres", por ejemplo: "dánaos (griegos), troyanos". Además, "paz" en griego: *eiréne*, rige dativo, o sea, si *eudokías* fuera la lectura correcta, debería haberse traducido al latín *in hominibus* (ablativo, caso inexistente en griego).

Luego, en Lc 2,14, "hombres" depende no de "paz", sino de *eudokía* (nominativo). No hace falta recordar que en los manuscritos de la antigüedad no hay separación de palabras ni, propiamente, signos de puntuación, ni la no difícil confusión entre la letra final de *eudokía(s)* y la inicial de la palabra siguiente.

De "entre, en medio de" se derivó otro significado de la preposición griega "*en*", a saber, "en presencia de, ante a la vista de" con dativo plural y (con este significado) también singular. Así está en Belén y es el Dios encarnado, Jesucristo. Esta es la realidad asombrosa para los ángeles y para los pastores, así como para los hombres de todos los tiempos, Dios celestial e invisible hecho Niño pequeñín, que está "en medio de" los hombres, es "visible" a los ojos humanos y aparece como si fuera uno más "entre" tantos. Por eso los ángeles anuncian a los pastores; "encontraréis..." (Lc 2,12) y los pastores "vieron..." (Lc 2,16,20).

3.2.2. *El orden en la colocación de las palabras en la frase y en el periodo*

Alguien, apoyado en el orden de las palabras, puede argüir contra el uso del nominativo. Pues está *anthrópois*, "hombres", y, a continuación, el término que, por su colocación, parece ser más el substantivo regido (genitivo) que el regente (nominativo). Así podría pensarse si el texto original fuera castellano. Pero el griego es una lengua flexiva o de flexión no solo verbal (conjugación de los verbos), como también el español, sino incluso nominal (declinación de los substantivos, adjetivos, pronombres). De ahí que estos, en griego, admitan una mayor movilidad e hipérbaton más llamativo.

Por ello, tanto en prosa como en poesía, tiene peculiar importancia el orden de la colocación de las palabras. Ya desde el primer verso de la *Iliada* homérica (siglo VIII a. C.) los puestos más importantes son el primero, el último y el medio -por este orden-; no el primero (sujeto), el medio (verbo) y el último (complementos) como en español. De ahí que "Gloria..., *Eudokía*, Paz" sean -en ese orden- las palabras más importantes en Lc 2,14. Este solo dato explicaría el hipérbaton del regente: *eudokía* colocado en último lugar y antes de él- no después- el regido: *anthrópois*. Esta es la secuencia subjetiva, que no

necesariamente coincide con la objetiva. De ordinario, el fluir lógico, objetivo, frío, conceptual, gramatical de las palabras queda alterado por la emotividad, la valoración personal del autor y por las exigencias rítmicas en griego, no en español o al menos mucho menos que en griego.

3.2.3. *Las exigencias de la prosa rítmica*

Como no existe en el español actual, nos resulta dificultoso descubrir su realidad y leyes. Por eso, basta una alusión. Los escritores griegos, cristianos y no cristianos, de los primeros siglos de la Iglesia conocían perfectamente las normas de la prosa rítmica, pues las aplican en sus escritos, también los hagiógrafos o autores inspirados del Nuevo Testamento (cf. M. Guerra, *El idioma del Nuevo Testamento (gramática, estilística y diccionario estadístico del griego bíblico)*, Facultad de Teología, Burgos 1995⁴, 256-258, 325-374).

Si el mensaje angélico hubiera terminado *eudokía en anthropois*, o sea, regente seguido del regido, secuencia que nos parece la normal y hasta obligada a los hispanohablantes, habría terminado en los últimos pies de un hexámetro. Ese final habría sido poesía, no prosa. Pero, si hay un defecto que deba evitarse en la prosa rítmica o artística, ese es la posible confusión de su ritmo específico con el de la poesía. Así lo establecen todos los tratadistas grecolatinos (Aristóteles, Quintiliano, etc.), y lo cumplen los escritores.

Además, el texto actual termina en peón primero (tres breves precedida de una larga), que es considerado excelente para finalizar las cláusulas ya por Trasímaco de Calcedonia (siglo V a. C.), iniciador de la prosa rítmica en griego y por todos sus tratadistas posteriores (Aristóteles, Teofrasto, Teodectes, Éforo, Cicerón, Quintiliano). En fin, tiene el acierto de que el peón primero va precedido por dos molosos (varias largas), expresivos de la gravedad y majestad de lo significado y de la escena, *maiestas* específica de lo regio y de lo divino. Todo concuerda con un himno de aclamación, incluso el requiebro y ternura de las tres breves finales, llamativas porque el mensaje angélico (Lc 2,14) consta de 14 sílabas largas y solo cuatro breves, tres de ellas las de la palabra conclusiva: *eudokía*. Nos recuerdan que el recién nacido es Dios en toda su majestad y gloria al mismo tiempo que Niño

recostado en la pobreza de un pesebre e indigente de todo, también de nuestro cariño.

3.2.4. *"(He ahí) la Gloria de Dios en el cielo, Paz en la tierra, Eudokía entre los hombres"*

La existencia del nominativo es confirmada por la estructura de la frase en arameo, que sin duda es el idioma de los ángeles en su mensaje, pues de otro modo no lo habrían entendido sus destinatarios directos, los pastores de Belén. En arameo, como en hebreo, ruso, etc., no hay verbos copulativos: "ser, haber". La ausencia de verbos en el texto griego puede ser un residuo de su carencia en las palabras arameas de los ángeles, también una muestra de su condición de aclamación. La ausencia de verbo copulativo suele suplirse mediante giros equivalente a los castellanos: "He ahí, ved ahí", "este es". Por consiguiente los ángeles dirían: "He ahí (este es) la Gloria..., Paz..., *Eudokía* entre los hombres".

3.2.5. *No se desea que Jesucristo sea "Gloria ..."; se afirma que se llama y es "Gloria, Paz, Bondad entre los hombres"*

No sé por qué, en nuestro tiempo, tendemos a dar a las doxologías, también a esta de Lc 2,14, un sentido optativo, o sea, de "deseo" y "petición" para el futuro, especie de invitación de los ángeles a los hombres: "Gloria (sea dada a Dios., (haya) paz en la tierra" tarea y obra "de los hombres de buena voluntad". Pero las doxologías bíblicas traducidas del hebreo-araméo, si explicitan el verbo, de ordinario está en indicativo (Psal119,12; 1Crón 29,10; Job 3,11; 8,3, etc.). En los textos originariamente en griego, si hay verbo, está siempre en indicativo (Rom 1,25; 2Cor 11,31; 1Pe 4,11; *Didaqué* 9,4; 10,5; 1Clem 58,2; *Constit. apost* 7,33;7,7;34,1; 49,1). Por tanto, no cabe sino la interpretación aseverativa o afirmativa de la realidad, no la optativa. Los ángeles afirman un hecho o, mejor, muestran ("He ahí...") a alguien existencialmente presente: "(Jesucristo, recién nacido en Belén, "es y se llama" "Gloria, Paz y *Eudokía* en medio de los hombres".

De ahí que la doxología mayor (*Gloria in excelsis...*de la Misa) comience con las palabras de los ángeles, aseverativas de una realidad histórico-salvíficas. A continuación, tanto en los Laudes de las liturgias orientales como en la Misa de las latinas, el himno sigue en

indicativo: "Te alabamos, te adoramos...", no en optativo (subjuntivo de deseo en español): "Que te alaben (alabemos), te adoremos...".

3.2.6. *La traducción no depende de que "eudokías" sea genitivo objetivo o subjetivo, como suele decirse*

Algunos autores, comentaristas de Lc2,14, se obstinan en una cuestión carente de fundamento, a saber, afirman que su traducción fiel depende de que sea genitivo objetivo o subjetivo. Pero queda expuesto que, en el texto críticamente establecido, figura en nominativo: *eudokía*, no en genitivo. Pero es que, aunque estuviera en genitivo, no cabe plantearse esa cuestión.

Después de un sustantivo deverbal, o sea, derivado de un verbo, y activo o que significa acción, se pone en genitivo el nombre regido expresivo del ser o cosa que hace (*genitivo subjetivo o sujeto*) o recibe (*genitivo objetivo, complemento directo*) la acción implicada en la raíz del nombre regente. Con otras palabras, si el sustantivo se convirtiera en el verbo transitivo de idéntico valor semántico, el genitivo subjetivo sería el sujeto; el objetivo, el objeto o complemento directo. En Lc 2,14 habría una forma ambigua y, por consiguiente, equívoca como en "el elogio de Juan", que puede ser el elogio que Juan hace (genitivo subjetivo) o el que hacen de él (genitivo objetivo). Así en Lc 2,14 el supuesto *eudokías* podría referirse a la "buena voluntad" o beneplácito con que algunos hombres acogen al Señor (genitivo objetivo: *de buena voluntad, que aman al Señor*) o al beneplácito con que el Señor acoge a los hombres (genitivo subjetivo: *que aman al Señor*). Pero la ambigüedad desaparece mediante una *sanatio in radice*, pues aquí "no hay cuestión" ya que el sustantivo regente: "hombres" no es deverbal, o sea, ni se deriva de un verbo ni guarda relación alguna con verbo alguno. Transformar el genitivo regido, supuestamente existente, en regente suena a inversión semántica y perversión sintáctica.

3.3. "Gloria, Paz, Benevolencia/Bondad", denominaciones de Jesucristo

De todo lo anteriormente expuesto se deduce que *eudokía* es una denominación, o sea, un título o nombre de Jesucristo, como también "Gloria" y "Paz". Por eso deben escribirse con mayúscula

inicial. Sería uno más de *Los nombres de Cristo* tan teológica y literariamente expuestos por Fr. Luis de León. En griego las tres palabras (*Dóxa, Eiréne, Eudokía*) son nombres propios femeninos. El género gramatical se ha trasladado al biológico, al antropológico. Recuérdese el mismo fenómeno en *Sophía* y cómo al visitar el templo paradigmático del arte bizantino, el de "Santa Sofía", casi todos piensan que está dedicado a una santa llamada así, no a la Sabiduría, al Logos, a Jesucristo. En español, son nombres propios, también femeninos, los dos primeros: "Gloria, Irene (del griego)-Paz (del latín *pax, pacis*)", no el tercero *Eudokía*, que podría haberse castellanizado en "Eudocia", si no lo hubiera impedido la estructura bimembre del texto en su tradición o transmisión latina, no trimembre o trinitaria como en la griega.

Las palabras de los ángeles, "mensajeros de Dios" (hasta por la etimología de la palabra "ángel") a los pastores, a los hombres (Lc 2,14) y su contexto (epifanías angélicas: Lc2,9-13,15-20) describen la existencia e interacción de dos planos, a saber, el celeste ("en las alturas, en el cielo") y el terrestre ("en la tierra"). A veces el desarrollo de la vida de los hombres y de la historia de la humanidad parece no sintonizar con lo celestial, con lo divino, por ejemplo cuando los hombres no son "de buena voluntad", no acogen la Benevolencia o Bondad (*Eudokía*) divina encarnada en Jesucristo.

En una ocasión Dios mostró a los ángeles la encarnación de su Hijo, su hacerse y ser niño, adolescente y hombre como "un cualquiera" (Flp 2,7). Un grupo de ellos, con Lucifer ("Portador de la luz") a la cabeza, se rebeló. Su soberbia les impidió adorar al Hijo hecho niño pequeñín en Belén. No superaron la prueba y lanzaron el grito de desobediencia y guerra: *Non seruiam*, "no estoy dispuesto a servir" a Alguien, que, por ser hombre, es inferior a mí que soy un ángel, espíritu puro. Así explica alguna escuela teológica (la escotista, etc.,) en qué consistió su pecado -que no pudo ser sino de orgullo- de los llamados "Ángeles Caídos" y por qué Dios los fulminó aherrojándolos en las tenebrosas bajuras infernales.

En cambio, hay acogida plena "en las alturas, en el cielo". Así resalta en la participación de los 24 "Ancianos" (= *presbýteroi*, de donde "presbíteros"), en torno a Dios y al Cordero inmolado, en la liturgia

celestial, en los trisagios y en la doxología ternariamente dispuesta en honor de la Trinidad divina, más o menos como los presbíteros concelebrantes en torno del obispo y al altar (Apoc 4,2-4,10;11,16). San Esteban contempló la liturgia celeste, "vio los cielos abiertos...y la *dóxa*-gloria que es Dios (genitivo simpatético)", a Dios mismo, su aureola refulgente (Hch 7. 55-56). Unos años antes, en Lc 2,14, se descubre la cortina, especie de iconostasio, que vela a los hombres el escenario o, si se prefiere, el presbiterio, en el que se celebra la liturgia celestial. Los pastores la contemplan asombrados. Además, ellos, cuyo testimonio carecía de valor en los procesos judiciales judíos de su tiempo, reciben la invitación para ser testigos del nacimiento del Niño Dios. El coro de los ángeles, como el de los Ancianos en el *Apocalipsis*, canta al Hijo del Padre, nacido de María Virgen en Belén, y proclama lo que realmente es: "Gloria en el cielo a Dios, paz en la tierra, *Eudokía* ("Benevolencia, Bondad") entre los hombres".

En conclusión: 1) Sería ideal usar el texto original o la traducción fiel al mismo: "*Gloria a Dios en el cielo, Paz en la tierra, Bondad (Benevolencia) entre los hombres*". No hace falta recordar que, según la doctrina cristiana, el "cielo ("alturas" en el original griego)", más que un lugar donde se está, es un modo como se es eternamente feliz en Dios.

2) La traducción latina y la española fiel a ella: "*Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*", o sea, "a los hombres que aman al Señor", es aceptable porque refleja la transmisión latina desde el comienzo del uso del latín como lengua "oficial" en los textos cristianos (siglo II) y como lengua litúrgica siglo IV).

3) La traducción: "...a los hombres que ama el Señor", introducida en la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española tras la reforma litúrgica del concilio Vaticano II y conservada en el *Gloria* de la Misa en la nueva edición del Misal, vigente desde la Cuaresma del año 2017 carece de respaldo alguno en la tradición o transmisión del texto tanto en griego como en latín y, además, es un galicismo sintáctico.

Bibliografía: Puede verse una exposición más amplia y completa, así como las citas de los autores de los primeros siglos cristianos y

bibliografía en M. Guerra, *La traducción de los textos litúrgicos (Algunas consideraciones filológico-teológicas)*, Estudio Teológico de san Ildefonso, Toledo 1990, 126-129; * "*Eudokía (Bondad, Benevolencia) en medio de los hombres*", nombre o designación de Jesucristo en el himno de los ángeles (Lc 2,14 y comienzo del "Gloria" de la Misa en AA. VV., *In medio Ecclesiae. Miscelània en homenatge al Prof. Isidre Gomà i Civit*, "Revista Catalana de Teologia" 14 (1988) 203-222; * *Hominibus bonae uoluntatis*, "Scripta Theologica" 21 (1989) 219-285;* *Análisis filológico-teológico y traducción de todo el himno de los ángeles en Belén*, "Burgense" 30 (1989) 31-86.

Manuel GUERRA GÓMEZ